

ALFREDO NAVARRO

(1868-1951)

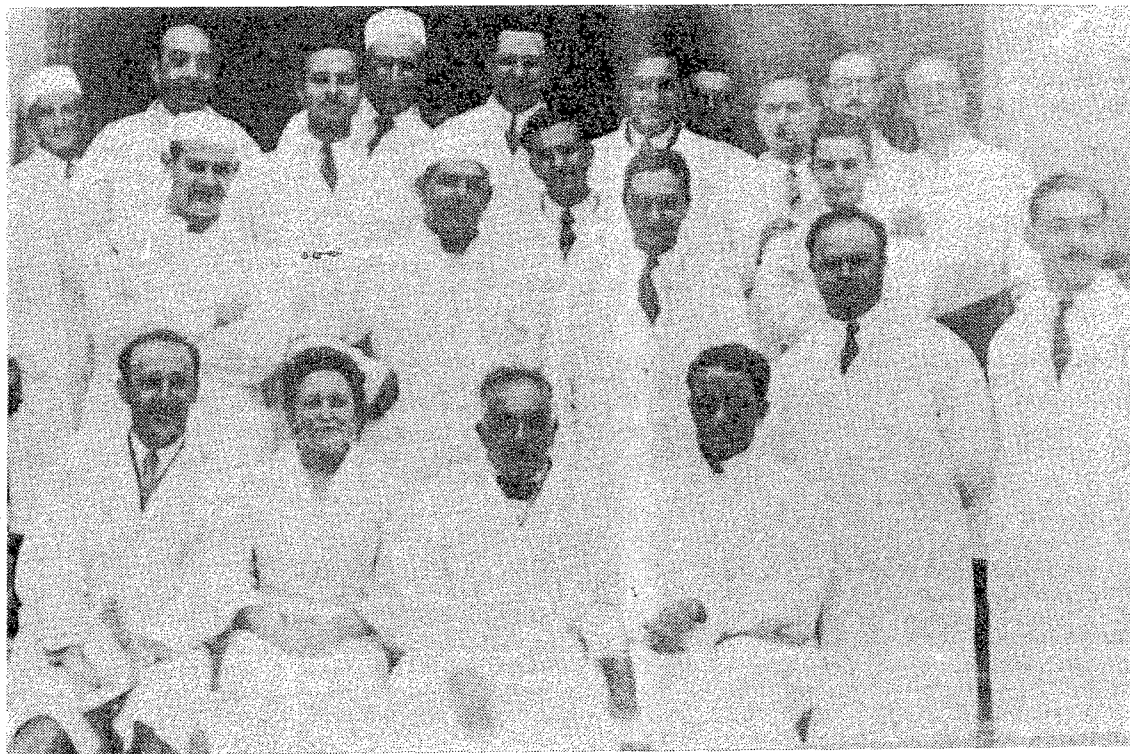
Dr. Jorge Lockhart (*)

Hacer una historia o una biografía puede ser una tarea muy difícil, pero todo se simplifica cuando se ha tenido la suerte de conocer muy de cerca una personalidad. Sea científica, artística o sencillamente un poderoso espíritu desbordante en todos los aspectos de sus características. En lo que me es personal, esa tarea resultó muy fácil, sobre todo para señalar nada menos que los brillantes aspectos de Alfredo Navarro. Fue su discípulo, su interno, compartí muchos y trascendentales de sus estupendas acciones en la clínica y en la cirugía. Pero no interesa señalar al Profesor como tal, sino al hombre, al Maestro que mantenía ampliamente abiertas las puertas de su enorme biblioteca, con el máximo de generosidad, contribuyendo a la verdadera formación de sus discípulos. En definitiva, un inagotable tesoro de ciencia y de cultura. Magnífico dueño de casa, no sólo sabía recibir en sus ágapes a las figuras más notables del extranjero, sino que los hacía acompañar por sus propios discípulos. El destino quiso que mi vinculación fuera durante algunos años de un valor extraordinario. Las anécdotas surgen en toda aquella experiencia inolvidable. Ya cerca de los 70 años, se le acercó un grupo de estudiantes, que por supuesto conocía su fama, y el cual le manifestó su deseo de verlo operar una apendicitis que, según la tradición, las realizaba con una velocidad y una habilidad increíbles. Dos condiciones indispensables, sobre todo en la cirugía del siglo pasado, para tener más chances de éxito operatorio. Desde la última década de el último siglo pasado, siendo muy joven y recién llegado de Francia, conocía sin embargo muy bien las ideas de Murphy y de Mc Burney a pesar de ser un cirujano francés de pura cepa. En esos días conducido por su hermoso coche arrastrado por un poderoso tranco de caballos, era frecuente escuchar su pasaje por las calles empedradas de la ciudad siguiendo el galope furioso de



sus equinos que debían llegar lo más pronto posible a operar, lo que, a medida que pasaban las horas, se podía transformar de una afección curable a un inexorable fin

(*) Conferencia en la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, 24 de octubre, 1987.



Ultima fotografía del Prof. A. Navarro y Colaboradores en 1945

En 1945, Alfredo Navarro decidió voluntariamente abandonar su Clínica del Hospital Maciel expresando que "debo irme para dejar paso a los más jóvenes". Poco tiempo antes, en la puerta del propio Hospital, por la calle Washington, se hizo la fotografía que publicamos y que configura un verdadero documento de las últimas generacines de sus discípulos. *En primera fila:* Rogelio Riso, Medalla de Oro y Jefe de Clínica; Blanca Merstens, Ayudante del Profesor; el Maestro Navarro y P. Larghero, su discípulo más brillante y que fuera Profesor Titular en el Hospital Maciel y después en el Hospital Pasteur, sorprendiéndole la muerte en 1963 en pleno apogeo de su actividad científica y quirúrgica. *En segunda fila:* Ramón Sierra, Jefe de Clínica; D. Cianculi, T. Chiara, E. Anavitarte, Alfredo Navarro (h), interno en esa época. Debajo de los citados: J. Costa y E. Zerboni, radiólogo. *Fila posterior:* El enfermero de la Sala; H. Scqsería, laboratorista; Martín Miqueo, Jefe de Clínica; Héctor Ardao, Jefe de Clínica y que después fuera Profesor Titular de Clínica Quirúrgica; H. Schenone, interno y que después fuera Prof. de Urología; A. Trenchi, fisiólogo; H. Mazzela, interno, después llegó a Prof. Ag. de Fisiología; A. Escaron, laboratorista, y J. Lockhart.

de peritonitis. El éxito dependía de la rapidez. Pero ya tenía un competidor, Alfonso Lamas. Y los dos coches disputaban la primacía. Curiosamente, uno era blanco (Lamas) y el otro colorado (Navarro). Y hay que ver lo que significaba en la época el tinte político del Navarro llegaba casi siempre primero y con un poco de cloroformo operaba de piel a piel con un solo ayudante en alrededor de cinco minutos.

En el caso citado, me tocó ayudarlo frente a un anfiteatro lleno de estudiantes. Cuando se preparaba para la operación, algunos veteranos de la clínica se me acercaron y en voz baja me anunciaron de que, a pesar de mi experiencia, bastante importante, seguramente me la iba a ver "en figurillas". Y así fue. Los campos colocados y de inmediato, el cirujano practicó una incisión de Jalaguier y cuando me acercaba con la gasa hemostática de rigor el cirujano clamó: "Pinzas de Pean", y de inmediato estuvo abierto el peritoneo. Un dedo habilido-

so extrajo el apéndice, cuando apenas había podido separar los bordes de la herida. El cirujano exigió una pinza con la que, en el mismo acto, seccionó el meso, ligó el apéndice que quedó así libre. Nunca tuve más terror en poder seguir aquel ritmo endemoniado pero el hecho concreto es que en cinco o seis minutos la pared se cerraba, previa sutura del peritoneo. Un murmullo de admiración surgió del público. La hazaña se había cumplido. Pero el tema de apendicitis era dominado totalmente por el Maestro. Mi señora, era una niña e hizo un violento dolor en la fosa ilíaca derecha. Su padre, el Dr. Surraco, llamó de inmediato a Navarro, que pronunció su diagnóstico infalible. Esto no es un apendicitis, pero hay un proceso patológico, malformación o cuerpo extraño que justifican la intervención de inmediato. Y, efectivamente, no se trataba de un apendicitis; abierta la pieza operatoria, se apreció en su interior un cuerpo extraño, cáscara esmaltada de la época, que se había introducido sigilosamente en la luz del apéndice.

Otras veces, el diagnóstico era de malformación. No olvidará una mañana en que indicó al Jefe de Clínica que operara de urgencia un cuadro apendicular. Mientras el cirujano actuaba, el Profesor, en el pizarrón, dibujó una espiral con meso corto. Así será el apéndice; y a los veinte minutos, el cirujano volvía triunfante y asombrado con su apéndice malformado que reproducía exactamente el esquema de Navarro.

Acostumbraba a emplear, mientras operaba, los nombres propios del creador del instrumento. En una oportunidad, uno de sus queridos ayudantes, Vázquez Rolffi, muy capaz, era el que lo ayudaba y conocía, por otra parte, esta característica del Maestro. Leriche!, Pean!, Tuffier!, eran las exigencias que en un momento se tradujeron en un tonante Soupault! Vázquez se acercó con las pinzas, pero recibió la sorpresa de un rechazo que finalizaba con la expresión Soupault (hijo!). Se imaginaban que el pobre ayudante quedó fuera de carrera.

Cuando Navarro llegó a Montevideo en 1895, era un joven bajo, de ojos vivaces y que hablaba un español totalmente afrancesado. En esa instancia era atendido el ex-Presidente de la República Julio Herrera y Obes por lo más distinguido de los médicos del momento. Serratos y Visca, entre otros. El diagnóstico parecía muy difícil. Alguien insinuó que lo viera un francesito brillante, recién llegado de París luego de una brillante carrera. Era Navarro. Vió al enfermo, no vaciló un instante, pidió un bisturí y drenó una adenopatía supurada que había pasado casi desapercibida y la curación fue espectacular.

Alfredo Navarro nació en 1868, siendo de origen muy humilde, hijo de un modesto empleado del Ministerio de Salud Pública. Siendo muy joven, sus condiciones le aseguraron una beca en París. Allí su carrera fue deslumbrante. Llegó cuarto de ochocientos concursantes en el Internado y según algunos franceses amigos (entre otros Sergent) que con el tiempo vinieron a visitarlo a Montevideo, no fue primero por su carácter de extranjero.

En el año '96 ya era Profesor Agregado, en el '97, Cirujano del Hospital Maciel y en el '99, Profesor Titular. Un primer curso dado en 1898, escrito en un hermoso manuscrito, es uno de los tesoros de mi biblioteca.

Todo lo que se puede decir de Navarro fue pronunciado por un gran jurisperito de la época, J. Irureta Goyena, al realizarse los 30 años de su actuación. Era el 6 de noviembre de 1926 que, a pedido de los propios estudiantes, dirigidos por Eduardo Acevedo Alvarez, crearon lo que no tiene ningún antecedente en la historia de nuestra medicina.

Expresa el Dr. Irureta Goyena en su discurso:

"Existe un hombre a quien no recuerdo haberle hecho nunca un elogio hallándose él presente: ese hombre es el doctor Navarro. Existe otro a quien tampoco recuerdo que el doctor Navarro lo haya elogiado jamás; ese hombre soy yo".

"El doctor Navarro experimenta una singular voluptuosidad en llevarme la contra, y yo he acabado, por contagio, en encontrar deleite, llevarle la contra a él".

"Cuando necesito el amparo del Dios que lleva una serpiente en la mano, el doctor Navarro oficia a mi lado de gran sacerdote; cuando el doctor Navarro requiere la protección de la Diosa que tiene una venda en los ojos, yo actúo a su lado de humildísimo acólito. Esta es nuestra única conjunción espiritual aparente; en lo demás no existen dos hombres que parezcan más de acuerdo, para mostrarse siempre en desacuerdo".

"Cuando yo asiento, él disiente; cuando yo afirmo, él niega; cuando apruebo, él condena; cuando pierdo la calma, él la recobra; cuando discurro, él delira; cuando me enoja, él se solaza".

"Siempre he creído que era el doctor Navarro el único responsable de este constante desafinamiento, pero sus amigos —naturalmente parciales— parecen no opinar de la misma manera, puesto que al imponerme este discurso, me impone nada menos que la obligación de 'cantar la palinodia'".

"Empiezo, pues, la recantatio sollemnis".

"Hace muchos años que lo conozco al doctor Navarro; nadie lo conoce quizá tan bien como yo; nadie resulta tan poco conocido; ni nadie es más digno de que se le conozca, en lo que tiene de bueno, y en lo que le falta para llegar a serlo. Al hombre siempre le falta algo para tocar el límite: o un poco de humildad, o un poco de firmeza, o un poco de templanza, o un poco de fe, o un poco de amor. La perfección es sólo una imperfección, muchas veces retocada; la virtud, una claudicación del pecado; existen capítulos de la vida de los pecadores que parecen extraídos del santoral; del Papa Clemente XI decían contemporáneos que se parecía a San Pedro —el más venerable de todos los santos— porque afirmaba, negaba, se arrepentía y lloraba. Cuando un hombre parece demasiado perfecto, hay que descubrirle alguna falla para convenir en que no es del todo malo, o que resulta humanamente bueno; si la fruta presenta alguna picadura, se puede asegurar que no está henchida de ceniza, como aquellas de maravillas lozana que se producían, según la leyenda, a las orillas del Mar Muerto. Yo no logré reconciliarme con Catón hasta que me enteré que era algo ebrio. "La virtud del gran Catón (expresa un verso de Horacio) —De Roma tan celebrada. Era a veces —según dicen— Por el falerno inspirada". Con Franklin, que pontificaba entre los míos, sólo me vine a hacer las paces cuando descubrí, observando su vida en Francia, la verruga de la insinceridad, era protestante y asistía a misa los domingos; era republicano y elogiaba a los monarcas; le pedía a Voltaire la bendición para sus nietos, y recibía, con la frente inclinada periódicamente, la de su cura párroco".

"Si lo conoceré al doctor Navarro. . ."

"Yo he oído alguna de sus lecciones, y he sentido como todos el hechizo de su palabra agitada, impulsiva, salpicada de galicismos, porque habéis de saber que a este hombre la Francia le moledó el espíritu, pero se quedó en cambio con el corazón y la lengua. Yo lo he visto, repito, con la frente plegada, la pupila fulgurante, destacar unos síntomas, oscurecer otros, analizar, separar, reunir, clasificar, ordenar, con tal ajuste y maestría, que cuando todo estaba dicho, se experimentaba la impresión de que no habría habido necesidad de decirlo".

"El que enseña en este país, enseña dos veces, porque trasmite lo que sabe y enseña el desinterés, que es quizá la más alta de todas las enseñanzas. . . Del doctor Navarro me atrevo a decir que enseña tres veces, en vez de dos, porque inculca además la fe en sus enseñanzas, que viene a ser algo así como un bastón en las manos de un viajero. Tiene este maestro alma de creyente y fervores de apóstol: se embriaga y trasmite su embriaguez; se exalta e infunde su exaltación. El maestro completo es un sacerdote".

Lo que le debe este país al doctor Navarro, por los miles de enfermos a quienes desvió del gran abismo, o

retuvo en sus bordes, o les vendió piadosamente los ojos para que, al caer en él, tomaran la caída por un vuelo; lo que le debe por los miles de afligidos en quienes avivó la llama de la vida, o encendió la de la esperanza, al encontrar la de la vida apagada”.

“Pero Navarro, señores, es un hombre profundamente, oro puro, con alguna que otra partícula de ganga cuarzosa, muy suave por dentro, algo áspero por fuera, algo ácido por fuera, muy dulce por dentro, bueno sin alternativas, demasiado bueno para serlo consigo mismo y para cuidarse de parecerlo”.

“Es un hombre leal como un pregón, consecuente como un teorema, claro y firme como una premisa. No conoce el disimulo ni la simulación; acerca de él, todo el mundo sabe tanto como él”.

“Otra vez me dijo que él no sabía Medicina, pero que, en cambio, la táctica militar no tenía secretos para él. “¡Hay que perdonarlo!” Existe en el alma de todo hombre, un lugarcito, el mejor o el peor de la zona, en el que siguen reproduciéndose los impulsos y sugerencias buenos o malos de la niñez. Navarro recibió ese beso del genio de la guerra, que todavía entibia su frente, una vez que daba órdenes y contraórdenes, a los pies de la madre, dirigiendo ejércitos de soldaditos de plomo”.

“Otra vez me dijo que, si no fuera por la ortografía, Latorre podría resistir la comparación con Sarmiento...”

“¡Hay que perdonarlo!” Esa vez, el día era tan asombroso...”

Fue el DIA DE NAVARRO, festejado por los cirujanos de todo el mundo, con la participación de los Académicos argentinos Pedro Belou y el Prof. Arce. El homenaje fue presidido por el Dr. Francisco Ruvertoni y asistieron desde el Presidente de la República, José Serrato, Ministros, Embajadores de Francia, Argentina, Brasil, etc.

Sus trabajos eran publicados en todo el mundo. Fue Académico de Francia, y de casi todos los países de Latinoamérica, y recibió, como consagración, la Legión de Honor en Sesión Solemne de la Academia de París. Es imposible señalar sus características científicas y sus publicaciones. Su Tesis de Agregación, cuyo título era: “Hidronefrosis por riñón descendido”. Lesiones del Carpo. Pericolititis membranosa. Vesícula fresa, Gastroduodeno, etc., etc.

En 1945, cuando estaba en el apogeo intelectual, decidió renunciar a la Cátedra para dejar lugar a los más jóvenes. Pero siguió trabajando en su laboratorio de la Facultad de Medicina. El no dejaba todos los días de estudiar en su microscopio las lesiones que más habían llamado su atención.

Mi vinculación siguió al punto que fue testigo de mi casamiento. Yo lo visitaba en su casa donde me revelaba sus últimas ideas. Con más de 80 años un día me expresó: “Hay que estudiar el cáncer del punto de vista endocrinológico”. Seguía los pasos nada menos que de Huggins, que había descubierto el tratamiento hormonal del cáncer prostático. Igualmente seguía el ritmo de la medicina internacional. Pese a todo y como lo dijera Irureta Goyena, su francofilia era inamovible.

Allá por el año '40 llegó un día muy temprano, le brillaban los ojos y sus primeras frases fueron: “La guerra está ganada”. Era el momento en que los franceses estaban atrincherados en la Línea Maginot. Navarro tomó tizas de colores, dibujó la frontera franco-alemana y con flechas que atravesaban la Selva Negra mostró el lugar o la región por donde los franceses iniciarían

la ofensiva que terminaría en la victoria final. Todos quedamos callados escuchando al cirujano estratega pero deseando que sus pronósticos terminaran con toda felicidad.

Y para finalizar esta historia vivida intensamente, me tocó actuar en el final de su existencia. Tenía 83 años y estaba aparentemente bien. Estaba internado en su nuevo Sanatorio, hoy Sanatorio Larghero. Tenía una anuria. Fracasó el cateterismo ureteral y juntos con el Prof. Bonnacarrère realizamos la operación que podía ser salvadora. Desgraciadamente un cáncer de uréter marcaba la etapa final. Larghero, que observaba la operación, hizo el estudio urgente que ratificó una enfermedad que en ese momento ya se podía considerar fatal.

Su desaparición fue, como era lógico, un día de duelo nacional. Dejó, sin embargo, una escuela quirúrgica y, como tal, se debe considerar a Navarro el primer cirujano del país y creador de la cirugía técnica, y todavía quedaron discípulos que mantuvieron las características del Maestro inolvidable: Larghero, Ruvertoni, Lorenzo Mérola, Gaminara, Roberto Pereyra, Vázquez Rolfi, Héctor Ardao, Luis Bosch del Marco, Valdez Olascoaga, Folco Rosa, Miqueo, Cosco Montaldo, y toda una interminable sucesión de grandes cirujanos que contribuyeron a formar la aureola de un Maestro inigualable.

Alma de bronce, espíritu de niño, corazón siempre sensible, pero sobre todo inteligencia con lucidez permanente, tales fueron las características del Maestro querido y recordado en nuestro Uruguay y seguramente en todo el medio quirúrgico internacional.

Nota de la Redacción

Para completar los datos biográficos sobre el Profesor Navarro, transcribimos a continuación —no obstante algunas repeticiones— las páginas dedicadas a su personalidad en la obra “Historia del Hospital Maciel”, también del Dr. Jorge Lockhart.

Nació en Montevideo, el 4 de mayo de 1868.

De 1882 a 1886 realizó sus estudios de enseñanza secundaria en la Universidad de Montevideo.

En 1887 el Gobierno del Uruguay lo beca para estudiar Medicina en la Facultad de Medicina de París.

En 1892 se presenta al Concurso de Practicante Interno de los Hospitales de París, obteniendo por oposición el cuarto puesto. Fueron designados 40 practicantes entre 800 aspirantes venidos de distintas Facultades de Francia y del extranjero. Fue interno laureado de los Hospitales y Medalla de Oro. El primer puesto le correspondió al después Profesor Víctor Pauchet, quien años después le manifestó a varios uruguayos en París, que su compañero Navarro no había sido designado primero por ser extranjero.

En 1895 publica su tesis sobre Hidronefrosis por riñón móvil, que mereció la más alta calificación de la Facultad de Medicina de París.

En 1895, regresa al Uruguay e inmediatamente reválida su título de Médico obtenido en la Facultad de París.

En 1895, es decir el mismo año, es nombrado por el Consejo de la Facultad de Medicina de Montevideo, Profesor de Medicina Operatoria.

En 1896, pasa a la Cátedra de Patología Quirúrgica. En 1897 es nombrado por la Asistencia Pública, cirujano del Hospital de Caridad.

En 1899, es nombrado Profesor de Clínica quirúrgica, cátedra que desempeña hasta 1945, en que renuncia a la edad de 77 años.

En 1905, a los 34 años de edad, es nombrado por primera vez Decano de la Facultad de Medicina, cargo para el cual es reelecto en 1907.

Durante sus dos primeros decanatos realiza tres reformas fundamentales: el cambio del plan de estudios en su totalidad; la creación de las Agregaciones, es decir, la carrera del Profesorado y el límite del desempeño de las Jefaturas de Clínicas a tres años, que hasta entonces eran vitalicias y no permitían su ejercicio sino a unos pocos.

El 6 de noviembre de 1926, sus discípulos organizan un homenaje nacional al Dr. Navarro con motivo de cumplir 30 años de actuación profesional. A este homenaje se asocian numerosas instituciones nacionales y extranjeras y el Gobierno de la República representado en primer término por el entonces Presidente de la República, Ingeniero José Serrato y además por el Consejo Nacional de Administración, la Asistencia Pública, la Universidad, la Facultad de Medicina, etc. Ese día se le da el nombre de Alfredo Navarro a la hasta entonces Sala Jacinto Vera del Hospital Maciel, donde el Dr. Navarro tenía su Cátedra de Clínica Quirúrgica. Y ese mismo día, sus discípulos y sus amigos apoyados por el gobierno, consagran el 6 de noviembre de 1926, Día de Navarro.

En 1927, en ausencia del Dr. Navarro del país, el Consejo de la Facultad de Medicina lo nombra Decano nuevamente y en su ausencia también, crea el Instituto de Clínica Quirúrgica y Cirugía Experimental, designándolo Director.

Corresponde también al Doctor Navarro, siendo Decano, la iniciativa de creación de los Institutos docentes de la Facultad de Medicina, con función de investigación clínica o experimental o ambas.

En 1928, a la vuelta de su viaje a Europa, se hace cargo del Decanato y en 1930 es reelecto por un nuevo período.

Fue en dos oportunidades y por período de más de un año, Rector Interino de la Universidad.

En 1944, con motivo de cumplir 50 años de actuación médica, se le tributa un homenaje que, organizado por sus discípulos, es apoyado por el Gobierno representado por el entonces Presidente de la República, Dr. Juan José Amézaga y el Ministro de Instrucción Pública, Dr. Adolfo Folle Joanicó, quien hace un discurso en representación del Gobierno en la Facultad de Medicina en presencia del Presidente de la República.

En 1945, con motivo de su retiro de la Cátedra de Clínica Quirúrgica originado por su deseo de que alcanzen la cátedra los más jóvenes, la Facultad de Medicina lo designa Profesor Emérito y crea para él un laboratorio de Cirugía Experimental donde pueda seguir trabajando, como era su deseo.

En 1945 también, y a continuación de su retiro, el Consejo Central Universitario lo designa Doctor Honoris Causa de la Universidad.

En 1927, el Gobierno de España le otorga uno de los más altos grados de la Legión de Honor: el de Gran Oficial, que se le entrega en ceremonia realizada en el Salón de Actos de la Facultad de Medicina de París.

En 1926 concurren el Homenaje del 6 de noviembre, dos delegados de la Facultad de Ciencias Médicas de

Buenos Aires, los Profesores de la misma: Dres. José Arce y Pedro Belou, y en 1944, el Dr. George Pack en representación del American College of Surgeons.

El Dr. Navarro es, además, miembro de las siguientes instituciones:

1923 — Miembro del American College of Surgeons de los EE.UU. de América.

1927 — Miembro de la Real Academia de Medicina de Madrid. Miembro Correspondiente de la Academia de París. Miembro de Honor de la Sociedad Cirugía de Montevideo.

1942 — Miembro de Honor del Ateneo de Historia de la Medicina (Buenos Aires).

1943 — Miembro Honorario de la Asociación Médica Argentina.

1944 — Miembro honorario del Colegio Brasileño de Cirugía.

1945 — Profesor Honorario de la Facultad de Medicina de Córdoba (R.A.).

Describir las características más notables de su personalidad resulta tarea difícil por la increíble variedad de sus facetas. Su carisma particularísimo lo constituye en la figura médica más admirada, más elogiada, aunque muchas veces controvertida, de nuestro país. Pero admirado o no, mantuvo siempre un nivel imponente, por talento, por originalidad, por espíritu científico y por voluntad férrea. Todas las escuelas quirúrgicas tuvieron que inspirarse en su genio clínico y en su habilidad técnica. Por ello, fue objeto de los ditirambos mayores que se hayan dispensado a otro médico o cirujano de nuestro medio.

Tuvo admiradores, discípulos, amigos, pero casi todos, incondicionales, leales, firmes en la consideración integral del Maestro. Aunque pudieran discutirse algunas de sus ideas o de sus actitudes, terminaba siempre por imponer su dialéctica, su argumentación incontrovertible, y su lógica infalible. Casi siempre se hacía querer por sus rasgos humanos. A veces agresivo y mismo cruel en la crítica, pero jamás con sentimientos y sin dejar nunca un rencor como consecuencia. Sí, era bueno, leal con los que lo rodeaban, empleaba en todos su infinita generosidad para enseñar, para ayudar, para proteger, y aún para ofrecer los libros de su enorme biblioteca.

Su aparición en Montevideo, recién recibido, hablando con una expresión a menudo plena de galicismos, fue una estrella brillante, atravesando el cielo patrio, deslumbrando y sin que muchos pudieran explicarse todos los matices de esta personalidad que nos venía de Francia. Su curriculum vitae es de por sí lo suficiente para explicar su línea docente, sus ideas del profesorado, y lo que debía ser su plan de estudios.

En definitiva, su venida determina la constitución del verdadero origen científico de nuestra cirugía, sin dejar de reconocer la existencia de esforzados precursores.

Recibieron su poderosa influencia, Lorenzo Mérola, Eduardo Blanco Acevedo, Clivio Nario, Horacio García Lagos, Angel Gaminara, Roberto Pereyra, Francisco Ruvertoni, Luis A. Surraco, Pedro Larghero, Héctor Ardao, Luis Bosch del Marco, R. Risso, D. Cianciulli, M. Miqueo, J. Lockhart, E. Anavitarte, F. Rosa, Cosco Montaldo, entre muchísimos más.

Hizo triunfar la verdadera asepsia, aplicando rigurosamente los principios de Pasteur. Empezó a usar la gasa simple esterilizada, en lugar de la gasa fenicada. Generalizó el uso de los autoclaves. Vulgarizó el suero fisiológico.

gico y la anestesia local, con los derivados de la cocaína y siguiendo los Principios de Reclus.

Recién llegado en 1895 y cuando sólo contaba 27 años, le hicieron ver al Presidente de la República, J. Herrera y Obes. Tres médicos atendían al ilustre enfermo y su pronóstico era sombrío. Navarro descubrió de inmediato que el cuadro infeccioso gravísimo se debía a un ántrax del dorso. Además tenía un adeno flemón, que drenó de inmediato. Comenzó a aplicar sus famosas compresas de alcohol y éter y las inyecciones de leche i.m. y el enfermo evolucionó bien en poco tiempo. Su fama se extendió de inmediato. Montevideo, un pueblo en esos momentos, lo constituyó en una especie de héroe de la cirugía. En esos tiempos ya era bien conocida la sintomatología de la apendicitis aguda cuyos principios había sentado Murphy. Navarro salvó cantidad de enfermos que antes sólo lo hacían cuando había tenido la suerte de hacer una peritonitis local, con formación de un plastrón parietal que luego se abscedaba. Se drenaba simplemente el pus, se constituía a menudo una fístula intestinal, pero el enfermo se salvaba.

Era famoso en la época su recorrido por la ciudad en su carruaje conducido por un poderoso tronco de caballos y con las sondas uretrales rigurosamente asépticas que llevaba en un recipiente y con las cuales trataba a los prostáticos de la época. A veces, en la oscuridad de la noche, el empedrado de la ciudad trepidaba por el pasaje de las llantas metálicas de su coche, para llegar a toda velocidad a donde era consultado para asistir al enfermo que presentaba una afección aguda. Solía suceder que llegase un poco tarde y que en la puerta de la casa del enfermo ya estuviera estacionado el carruaje que conducía a Alfonso Lamas. Eran rivales pero con una nobleza que mantuvo su relación sin problemas. Y no hay que olvidar tampoco que uno era blanco y el otro colorado.

En 1897 gobernaba Idiarte Borda y estalló la Revolución encabezada por Diego Lamas y Saravia. La guerra entre hermanos era terriblemente cruenta y llegaban a Montevideo heridos en condiciones desastrosas, con heridas tremendas producidas por los proyectiles de la época, por supuesto infectadas. Y allí Navarro, en nuestro Hospital luchó y organizó el trabajo médico. Operó constantemente, salvó muchísimas vidas pero, además, alentaba y estimulaba a todos, a sus enfermos y también a sus ayudantes, agotados en la dura labor. Borda no supo comprender toda esa actividad e inclusive amenazó con echar a la calle a la Comisión del Hospital por su actividad caritativa. Pasó I. Borda y pasó la revolución, pero en 1904, y en la Presidencia de Batle, surgió la nueva Guerra Civil, tan cruenta como la del 97. Navarro volvió a ser el hombre que trató de paliar aquella difícil instante para un hospital con pocos recursos, para la enorme masa de heridos que llegaba. Quiso ser más útil y en dos oportunidades salió a la campaña para atender a los heridos en el primer momento, cuando todavía algunos se podían salvar. En otra oportunidad, a pedido de Batle, fue a Melo donde estaban poco menos que abandonados trescientos heridos y allí su tarea fue la del gigante, que pasó casi sin dormir, que cruzó zonas desérticas y sombrías, cerca del fragor del combate, muchas veces sin comer, pero siempre haciendo por salvar alguna vida, operando en carpas casos desesperados, trepanando cráneos, amputando, etc.

Era leal y noble, aún con sus adversarios circunstanciales, médicos o políticos. Alfonso Lamas, blanco, era sin embargo muy amigo de Batle a quien, inclusive, ha-

bía operado de una hernia. Cuando la guerra de 1904, Lamas presidía el Directorio del Partido Nacional y fue de los que decidieron la guerra contra el gobierno colorado de su amigo el Presidente Batle. Terminado el conflicto, Batle destituyó de su cargo al Profesor Lamas, que estaba al frente de la Clínica Quirúrgica como sucesor de Pugnalin en el Hospital de C. Sin embargo, el propio Navarro, adversario político y profesional, medió frente a Batle a fin de obtener, en lo que tuvo éxito, la justa reincorporación a la Cátedra del Profesor Lamas, que, por otra parte, siguió actuando casi 30 años más.

Esta anécdota es altamente sugestiva en cuanto a la nobleza y altura de procedimientos de Navarro, aún frente a las rivalidades más tremendas y las guerras más cruentas y, aparentemente, en circunstancias sin posibilidades de perdón y con la pérdida del sentido de tolerancia y de justicia.

Era apasionado en sus ideales y en el culto de la amistad, aunque pudiera parecer a veces injusto o parcial. Por ejemplo, su pasión por Francia lo llevaba a considerar a sus cirujanos y a su escuela médica como lo mejor del Mundo. Sin embargo, sabía reconocer los otros valores y cuando hizo su libro sobre gastro-duodeno se inspiró en las ideas de la escuela austriaca y de la alemana. Las sulfamidas (inventadas por un alemán) no fueron extraordinarias hasta que apareció el Dagenan francés. Pero a pesar de su aparente parcialidad conocía a la perfección la escuela médica inglesa, las ideas de Monynihan, Mummery, y su erudición se extendía los autores americanos del norte y latinoamericanos.

Presidió el Comité Uruguay-Francia. En Avon se hizo una escuela y una de sus salas lleva al nombre de Navarro. Cuando las guerras mundiales su francofilia lo llevaba de los momentos de mayor tristeza hasta la euforia exhuberante. Un día llegó al Maciel, casi sin hablar pero sonriente. Sus discípulos lo siguieron hasta el salón de clase. Allí, en el pizarrón, rápidamente dibujó un mapa señalando la frontera franco-alemana. Era la época de la guerra "sin guerra" con los soldados franceses en la Línea Maginot (1940). Navarro, con tizas de colores, entusiasmado, dibujó con flechas cuál y por dónde iba a ser la invasión del ejército francés. Era a través de la Selva Negra y la victoria iba a ser total. Una debilidad del gran maestro que pintó magistralmente Irureta Goyena en su famoso discurso en el Parque Hotel del 6 de noviembre de 1926 en oportunidad del homenaje brindado a Navarro.

Según Irureta, él le dijo que no sabía medicina pero que, en cambio, la táctica militar no tenía secretos. Según el orador, en un lugarcito que había quedado en alma de Navarro y donde habían persistido impulsos o sugerencias buenos o malos de la niñez. "Navarro recibió ese beso del genio de la guerra que todavía entibia su frente. Era el niño que daba órdenes y contraórdenes a los pies de la madre dirigiendo ejércitos de soldaditos de plomo".

Su amor por Francia fue reconocido ampliamente por su segunda patria que lo condecoró con la Legión de Honor. Seguramente, a ningún médico de nuestro medio se le hizo un homenaje como el señalado, al punto que dicho día fue designado Día de Navarro y en la misma oportunidad se cambió el nombre de su Sala, Jacinto Vera por el de Alfredo Navarro. Participaron desde el Presidente de la República, José Serrato, hasta el Decano Manuel Quintela, pasando por Embajadores extranjeros, Autoridades Universitarias, Ministros de Estado, Maes-

tros de la Cirugía argentina y lo más brillante de la intelectualidad del Uruguay.

Sus publicaciones comienzan con su tesis de doctorado, escrita en Francia —Hidronefrosis por riñón móvil—. Tiene múltiples trabajos publicados en varios tomos, sobre todo después que se fundara, por su inspiración, el Instituto de Clínica Quirúrgica. Recibió la influencia decisiva de Tillaux, Reclus, Touffier, Brissaud, Anger y, en general, de la escuela francesa del siglo XIX.

Entre muchos otros citaremos sus trabajos sobre: Abordajes hepáticos y esplénicos, Tóraco-abdominales; Cirugía de la fosa frénica; Cáncer de ampolla de Water; Mastitis crónica; Cáncer de seno; Luxación del carpo; Pericolitis membranosa; Vesícula fresa; Gastroduodeno.

En definitiva: —cirujano insigne y reformador— fundador de una escuela quirúrgica. Investigador clínico y de laboratorio experimental. Docente en toda la extensión del término, en medicina, en cirugía, en relaciones humanas y en orientación de vocaciones. Reformador universitario. Creador de disciplinas de laboratorio, de sistemas de enseñanza y de planes de estudio.

Como alguien dijo, tenía energía de bronce, alma de apóstol y alegría de niño, que nació maestro y fue una conciencia al servicio de la patria y que paseó en triunfo las más elevadas concepciones de nuestros claustrólogos y cuyo recuerdo debemos mantener vivo porque configura la más auténtica de las más puras tradiciones de la medicina nacional.

La tesis de doctorado

Recién recibido de médico en 1894, hizo en París su tesis de doctorado acerca de "Consideraciones sobre la Hidronefrosis". Se trataba de un trabajo basado en la Clínica y sobre todo en la experimentación en animales. Navarro tenía una formación urológica muy sólida. En su internado había llegado segundo de Pauchet entre más de 800 concursantes. Fue alumno de Tuffier y conocía además muy bien las ideas de Legueu. Tenía igualmente una vasta erudición con profundos conocimientos, sobre todo de autores alemanes e ingleses. Cuando volvió al Uruguay de inmediato lo nombraron Profesor de Patología Quirúrgica, y uno de sus primeros cursos dictado en 1898 se refirió exclusivamente a temas de urología, demostrando el valor de sus conocimientos.

La importancia de su tesis, que aún en nuestros días tiene vigencia, se justifica porque la hizo al más puro estilo de Claudio Bernard. En efecto, estaba basada en la cuidadosa observación de una serie de casos clínicos y en perros operados con cierres parciales o totales de la vía canalicular. Sus conclusiones fueron totalmente originales. Describió lo que después fue aceptado por los anatomistas, un ligamento constituido por fibras conjuntivas que unían el polo inferior del riñón al sector superior del uréter. En muchos textos figura como ligamento de Navarro. Las hidronefrosis las estudiaba con punciones transparenquimatosas que llegaban a la pelvis renal inyectando luego suero fisiológico a distintas dosis y con velocidad variable. Pudo así señalar claramente las distintas etapas de la enfermedad hasta llegar a la distensión máxima y la consiguiente atrofia renal. Demostró igualmente la influencia del descenso renal en la formación de una hidronefrosis intermitente. Por último, con-

firmó la existencia de hidrofrenosis verdaderas y falsas de origen traumático. Hizo también un estudio cuidadoso de lo que entonces era muy discutido: la importancia de la litiasis en la producción de una hidronefrosis secundaria. En definitiva, un trabajo seriamente realizado y basado en la observación clínica y experimental. Es de señalar que la tesis se hizo en un momento en que se iniciaba el estudio endoscópico, no se hacían cateterismos ureterales y los rayos X no se empleaban en el estudio del aparato urinario. Roentgen recién presentó su primer trabajo de aplicación médica de su invento en Berlín, el año 1896.

Anecdótico

La gran cantidad de generaciones que formaron la "escuela de Navarro" puede referir innumerables situaciones y anécdotas que revelan aristas de su personalidad. Amaba realmente la medicina. Se podía apreciar el cariño y la dedicación por sus enfermos en todos los instantes. Un día, un enfermo que no marchaba bien, en un post-operatorio lleno de vicisitudes, el Profesor apreció su abdomen distendido y que había empeorado a raíz de haber sido sometido, posiblemente, a un enema ineficaz. Navarro pidió la sonda, el irrigador y él mismo, con todo cuidado, realizó la tarea que podía parecer sólo digna de un auxiliar de enfermería. Y enseñó a todos los discípulos que lo rodeaban, médicos y estudiantes, cómo se hacía nada menos que un enema. Y el resultado satisfactorio pudo apreciarse por todos. Su atención por el enfermo no era solamente para realizar un brillante diagnóstico que asombrara a su auditorio. Si era necesario "descendía" a todo lo que fuera necesario, siempre que fuera beneficioso para el enfermo.

Su vigilancia, si la situación lo exigía, lo hacía repetir las visitas el mismo día a un enfermo de hospital que había despertado su preocupación. A veces, cuando sólo quedaba el enfermero, a altas horas de la noche aparecía Navarro en su Sala a ver al enfermo que había creado su inquietud por su estado y lo veía con la misma atención como si fueran las horas matutinas del trabajo rutinario. Sus discípulos heredaron esta disciplina: Larghero, Ruvertoni, Ardao, Bosch, Cianciulli, Miqueo, y tantos otros que fueron fieles representantes de esa escuela de amor por el prójimo que sufre.

Estudiaba siempre en su biblioteca, que era enorme. Cuando alguno le pedía consejos acerca de un dato que estaría en algún libro poco accesible y que seguramente Navarro poseía, resplandecía de satisfacción e invitaba a su discípulo a su casa del Prado. Fuera de ser siempre un amabilísimo dueño de casa, disponía del tiempo que fuera necesario, recorría los libros que podían ser útiles y su generosidad finalizaba prestando siempre la obra indicada para la consulta realizada.

Nunca pidió ni exigió que le devolvieran lo que a veces eran tesoros de la literatura médica. Su desinterés lo llevaba a donar su sueldo al laboratorio del hospital. Si no existía el medicamento indicado, lo mandaba a comprar de su bolsillo. Fue el primero en instalar calefacción en su quirófano, también por su cuenta. Por eso, no fue sólo maestro, tuvo muchísimo de amigo y hasta de padre para sus discípulos, que lo consultaban respetuosamente hasta por problemas personales de toda índole.

Siempre tuvo un verdadero espíritu de investigador. El microscopio era su compañero inseparable. Cuántas

tardes pasó en el hospital estudiando sus preparaciones de anatomía patológica. Cuando se retiró, a los 76 o 77 años, estaba en pleno apogeo intelectual, y al dejar voluntariamente la Cátedra —no existía en esa época el retiro obligatorio— para dejar paso a “los más jóvenes” puso como única condición que, obviamente, le fue concedida, que le proporcionarían un pequeño laboratorio en la Cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina. Y allí siguió concurriendo casi todos los días y varias horas, con sus fieles discípulos—Ibarra y Medoc— hasta muy poco tiempo antes de su muerte. Trabajó, estudió e investigó hasta pasados los 80 años.

Recordamos la última visita que le hicieramos a su casa. Estaba eufórico: “Lockhart, me dijo, creo que estoy por llegar a descubrir el origen del cáncer”. Quéde respetuosamente callado. Y el viejo genial completó: “Seguramente es de origen hormonal”. En esos momentos en que, indudablemente, quedaban chispazos brillantes de su intelecto vislumbraba lo que Huggins en U.S.A., en esa misma época, descubría: la influencia fundamental de los estrógenos en el cáncer prostático.

Eran los destellos de una inteligencia que se apagaba, pero que mantenía con una fuerza indomable el espíritu por saber y por investigar los males que siguen azotando al hombre.

El Día de Navarro

Cuando cumplía 30 años de actuación docente, los estudiantes de medicina decidieron organizar un home-

naje al Profesor Navarro. El día exacto sería el 6 de noviembre de 1926 y la consagración consistiría primordialmente en un Acto Académico a realizarse en la Facultad de Medicina. Y se pensó en algo, no sabemos de quién fue exactamente la idea, que esa situación no tenía precedentes y que, por tanto, esa fecha sería nada menos que “el Día de Navarro”.

Esa actitud estudiantil sólo constituyó la chispa inicial. Obviamente los muchachos no tenían dinero para organizar lo que debía ser una fiesta universitaria y, si fuera posible, de todo el país.

El Comité Organizador envió, entonces, a la Cámara de Diputados un proyecto de ley por el cual se autorizaba al Consejo Nacional de Administración para que dispusiera la cantidad de \$3.000, que se tomarían de Rentas Generales. El Comité financiaría con ese dinero la edición de 1.000 ejemplares de la Obra del Maestro.

Eduardo Acevedo Alvarez presentó el proyecto el 22 de octubre y fue aprobado íntegramente. Se decidió igualmente, que la Obra se repartiera gratuitamente entre el profesorado y los estudiantes. El Senado aprobó el proyecto pocos días después, luego de un informe de Enrique Cornú, Roberto Berro y Raúl Jude.

Y de allí la sucesión de actos públicos, con el apoyo masivo de estudiantes, profesores, autoridades nacionales y universitarias, así como distinguidos representantes de países extranjeros, Argentina, Brasil, y, por supuesto, de su segunda patria, Francia, entre otros.

Se consagró así el Día de Navarro, situación excepcional para un Profesor de Medicina y que lo puso a nivel de las figuras próceres del Uruguay.